

Los hostales, el Punto G de la ciudad

LAURA SORIA¹

A Tracey le impresionó algo que los demás no vieron, o hicieron como que no veían, pero que a ella la paralizó y le dejó, para siempre, una señal en la memoria: ante el fuego, ante el peligro, las hormigas se separaban en parejas, y de a dos, bien juntas, bien pegaditas, esperaban la muerte.

EDUARDO GALEANO, *Las hormigas*

El castigador», «La ingenua», «5 mentarios», «La reconquista», «40º», «Detalles», «El refugio de los infieles», «El tiburón», son algunos de los lugares donde los cuerpos se juntan, bien pegaditos, para encontrar el goce, el dominio del placer sobre los sentidos, aunque a otros esto los lleva directamente a la muerte.

Los cuerpos —dos, tres o cualquier número preferido— en su búsqueda por el encuentro con el «otro», por el *aruño*,² por el gozo, inventarán el mejor espacio que les permita preservar cierta intimidad, lo que dependerá, como todo, del dinero con que se cuente antes que de las ganas que se tengan. Así, la oscuridad de un parque, la soledad de la calle o las cuatro perillas de una cama, si es confortable mejor, serán algunos de los lugares que los amantes elijan para seducirse.

En Lima, los hostales se han incre-mentado: algunos vienen de a dos por lado de cuadra, están cerca de colegios, institutos, fábricas, en la zona industrial, en la residencial, frente a hospitales y la morgue. Los hay con estrellas iluminadas, pintaditas, de colores, con lucecitas, negras, grandes o chiquitas, pero también los hay sin estrellas, aquellas valientes que se quedan como soldaditas firmes a la espera de los clientes persistentes que quieren amarse aun en las condiciones más desoladoras. Los hay con televisor, con canal para adultos jadeantes todo el tiempo, con *jacuzzi*, con columpios, con luces de neón, con juguetes para adultos, con agua caliente, con baño, con espejos a la altura de la cama, en el techo, con camas redonditas, con música seleccionada a gusto del cliente.

También están los oscuros, de escaleras angostas, de pasadizos sombríos, de lugares con olores a orín, con pisos mojados por los fluidos corporales que no logran llegar al drenaje a tiempo, de paredes sucias, de sábanas de color, de colchones donde se ha dejado destilar más que el sudor de los cuerpos, de puertas abiertas donde los límites de las habitaciones se diluyen, de iluminación proveí-da a escondidas desde la calle, de personas que escuchan y observan y que dejan que los observen.

Igualmente, los hay que reciben en el día a las parejitas furtivas, amantes adultos que descubren en el sigilo el acicate para alimentar sus cuerpos con ganas y deseo. Estas llegan temprano, como quien marca tarjeta. No esperan a la noche para amarse; el peligro de la oscuridad y las demandas de las *firmes*, las *catedrales*, pondrían en riesgo esta aventura vivida durante más de cinco años.

Lo mismo ingresan las parejitas jóvenes, nuevos amantes para este mundo de encuentros y desencuentros, a esta tortuosa manera de hallarse y hallar al otro. Ilusionados con el primer amor, todo llama su atención, quieren saberlo todo, conocerlo todo. Animados con dejar sus documentos en la recepción como símbolo de adultez, encuentran el derecho gozoso de la ciudadanía: antes que haber votado ya encontraron un mejor uso al DNI. Estos jóvenes ilusos aún creen en la permanencia del amor fiel y auténtico. Besándose con ansias como cuando se besan unos labios nuevos, apagando y encendiendo la llama sagrada, jurándose estar juntos mientras que cada minuto que pasen separados sea para sufrir. «Deja que diga que no te pediré que me quieras mientras vivas, pero palabra de amor no diré», como suscribe El último de la fila.

Llegan también aquellos que prefieren amar de noche, y amparados en la oscuridad escogen a la pareja en la calle asumiendo que esos cuerpos son naturales, entregados a la ilusión de que nadie vea que sus preferencias son otras, que optan por las mujeres con pene.

Los hay de veinte soles con baño propio —aunque el amante de esa ocasión no sea tan propio—, con televisor y sábanas blancas, lavaditas con lejía y desinfectante, cambiadas apenas el «pasajero» deja la habitación. Pero también los hay de tres soles con camas de cemento y espuma morada para amortiguar el golpe que imprimen los apasionamientos, y ya no vemos escenas jadeantes en la «caja boba» sino que somos observados por quienes quieren hacerlo a cambio de dejar unas monedas en esa vieja caja de madera.

Los hay de dormitorios de diez metros cuadrados, donde existe espacio suficiente para bailarse una marinera *Conche-perla*, con indumentaria y todo, antes del acto final. Pero también los hay de cuartos de menos de seis metros cuadrados con baño común, donde las posibilidades del salto del tigre con patada al foco se vuelven menos reales.

Los hay cuyos dueños heredaron una vieja propiedad en una zona de la ciudad donde los demás familiares no querían mudarse. De aquellos que guardaron sus ahorros resultado de varios años de trabajo en la fábrica en la que hombres de ojos rasgados hacían señas para dirigir sus labores. También de aquellas familias que escogieron como estrategia de supervivencia el arriesgarse a poner un negocio de este tipo. Y en muchos de estos casos las historias propias empiezan a formar parte de las que discurren entre esas paredes. Como aquel dueño cuya pareja terminó yéndose con uno de los clientes, que demostró que lo asiduo de su asistencia al lugar no era precisamente por los servicios que el hostel proveía. O como el caso de aquel sujeto lleno de cadenas de oro que dejó que el calor de las

amigas de la calle pasara del carro en el que las paseaba hacia el de la cama que sus trabajadores acababan de limpiar.

Pero en ninguno de esos casos la inversión en dinero ha sido poca: para algunos se ha traducido en no menos de 150 mil dólares. La otra inversión, la anímica, es mayor. Saber de tantas y tantas historias, de juramentos de amor, de fidelidades rotas, de fantasías poco normales, de peleas con cuchillos, de angustias de otros, desgasta. Llega un momento en el que ya no se quiere saber más, que es preferible poner el aviso de no disponible.

Igualmente, los hay de aquellos que dejan una entrada mensual, libre de impuestos, de cerca de cuatro mil dólares contantes y sonantes, bien netos. O de aquellos que con las justas alcanzan los quinientos dólares mensuales, pero nunca nada despreciables.

La edificación de estos lugares ama-torios está normada por el reglamento de construcción,³ claro que en él solo se hace referencia al servicio de «alojamiento no permanente, al efecto que sus huéspedes o usuarios pernocten en dicho local, a condición del pago de una prestación previamente convenida», velando por el verdadero uso de estos espacios. Así, por el albergue temporal o permanente se otorga una contraprestación monetaria, y con la sola inscripción y firma de la tarjeta de registro se establece una relación jurídica entre el huésped y el establecimiento. El pacto está sellado y lo que pase entre esas cuatro paredes quedará a riesgo del cliente.

No pueden ser construidos en cualquier zona. En las áreas urbanas deben estar en R1-S, R1, R2, R3, R4, R5, R6, R7, R8, C2, C3, C4, C5, C6, C7, C8, C9 y otras nomenclaturas que se pierden a la vista de los amantes. Deben contar con retiros —y no precisamente los espirituales—, con coeficientes de edificación o área libre reglamentaria, «debiendo la Comisión Técnica Municipal exigir proyectos tales que guarden armonía con las construcciones vecinas, y estas no sean afectadas por este uso».

Tienen que contar con áreas de entrada de pasajeros, carga, descarga, abastecimiento, servicios y eliminación de basuras. Con un estacionamiento por cada diez camas, con un área de comedor de un metro cuadrado por cama y nunca menor de los treinta metros cuadrados, y con un área de cocina de sesenta centímetros cuadrados por habitación.

Los dormitorios dobles —dependiendo de las estrellitas— deben tener como área mínima doce metros cuadrados, y las habitaciones simples —para aquellos que quieren estar solitos— deben contar con un área «suficiente» de tan solo ocho metros cuadrados. El clóset debe tener como mínimo sus dos metros cuarenta, aunque la ropa nunca se pretenda colgar en las perchas ya que el deseo y las ganas de desvestirse siempre serán apremiantes.

Los baños no deben ser nunca de menos de tres metros cuadrados. Se exige como mínimo un lavatorio e inodoro; la tina o la ducha ya es un añadido a gusto del dueño y de la cantidad de dinero que arriesgue en este nuevo negocio, que se expresará en la tarifa que quiera cobrar. Los de una sola estrellita contarán con baños comunes. La iluminación será eléctrica —las velas y la media luz van por cuenta de los usuarios—, habrá un to-macorriente y un espacio para el espejo destinado a tocador. Se exige que las paredes sean revestidas con material impermeable y, dependiendo de las estre-llitas, tendrán más de dos metros o con las justas llegarán al metro ochenta de alto.

La recepción debe ser lo suficientemente espaciosa como para permitir la presencia de no menos de 10 por ciento de la capacidad instalada de los huéspedes del establecimiento; claro que cuando uno ingresa lo que menos quiere es medir estos espacios y huir de las miradas será esencial. Nada de juicios morales, nada que retrase la decisión tomada.

En el registro de huéspedes quedarán inscritos nuestros nombres, nuestro sexo, nuestra nacionalidad, nuestro número de identidad, nuestra dirección habitual, la fecha de ingreso y la fecha probable de salida, el medio de transporte utilizado, el número de la habitación asignada y la tarifa correspondiente, con indicación de los impuestos y sobrecargos que se cobrarán adicionalmente. Claro que en el caso de los sin estrellita dejaremos solo nuestro sobrenombre.

El Ministerio de Turismo, Integración y Negociaciones Comerciales Internacionales (MITINCI) será el encargado de clasificar y colocar la categoría del hostel. Supervisará el estado de conservación de los establecimientos, las condiciones y calidad de los servicios, y aplicará sanciones. Evaluará la actividad hotelera a través de la información estadística que le será remitida por los establecimientos cuando se las solicite. Lo cierto es que este personal solo mirará una vez al mes que el libro de registro cuente con todos los datos, dará media vuelta y se irá con el sol cuando muera la tarde.

En un contrato de hospedaje, el establecimiento puede reservarse el derecho de permitir el ingreso de los huéspedes y de sus invitados por razones de seguridad y salubridad, o porque se contravengan las normas de orden público y las buenas costumbres. De hecho ellos lo hacen: definen el perfil de usuario(a) que debe ingresar y cuál de sus invitados(as); las buenas costumbres quedan a juicio de quien se encuentre en recepción.

Los servicios generales obligatorios pa-rra todos, con una o tres estrellitas, serán el agua fría y caliente —aunque nos demoremos en identificar si H es «helado» o «hot» y si C es «caliente» o «cold»—, el cambio regular de sábanas y toallas —aunque regular no sea tan regular que se diga— y una limpieza diaria de la habitación —aunque esta se use más de una vez al día—. Debe tener un teléfono público, aunque se supone que el MITINCI no ha pensado que este se use para ubicar a los amiguitos o amiguitas que brindan sus servicios *delivery*.

Cumplidas las reglas descritas solo falta el permiso de la municipalidad para dar rienda suelta a las más bajas pasiones. Sin embargo, estos hostales pueden funcionar sin ningún problema después de introducidos los documentos respectivos, así no hayan obtenido en sus ocho años de existencia la tan ansiada licencia de funcionamiento. Los municipales pasarán cada seis meses para verificar que la fumigación del local se haya realizado y regresarán a los seis meses siguientes, un poco más viejos, cansados, tristes y sin ilusiones, total sus sueldos los paga el polvo ajeno.

Los de Defensa Civil verificarán la presencia de los elementos de seguridad en la construcción —escaleras anchas, vías de acceso y salida señaladas, entre otras— y después no volverán por el local, salvo como clientes asiduos.

No perturbar la tranquilidad de los «pasajeros» resulta ser la principal cualidad que distingue a un hostel, y eso demanda mucha concentración. La discreción y el proveer de privacidad a los «pasajeros» se convierte en lo más importante para lograr la fidelidad de estos.

Los vecinos de las zonas de uso residencial se sienten medio incómodos cuando el placer se coloca delante de sus ojos. Se molestan, se inquietan, temen que las parejas discutan en la calle, que haya peleas, pero en el fondo a lo que le temen es a la sexualidad activa a toda hora puesta al frente de ellos y ellas, expresándose, inquietando los cuerpos de quienes viven cerca, cuestionando nuestro derecho al gozo. Calma la angustia cuando aparecen algunos beneficios en la cuadra nunca antes tenidos: la seguridad, el gua-chimán que nos cuida mientras los cuerpos se relajan. Aunque ingresar a robar la caja del hostel no se vuelve un problema para los delincuentes y así de fácil resulta también asaltar a los «pasajeros»; es el precio que se paga por momentos de calor y sudor.

Un toque de claxon es el «¡ábrete, sésamo!» moderno y el cuarto de las sorpresas se presenta ante los ojos del cliente con la rapidez suficiente para que no se angustie en la puerta o la pareja no siga reclinada en el asiento para no ser vista. La cochera es básica en estos locales. Cuando no existe este espacio, los dueños compran forros de autos para que estos no sean reconocidos por infidentes.

Aunque ambos «pasajeros» debieran dejar sus documentos en la recepción junto al billete que cierra el trato, serán los hombres los que por lo general registrarán sus datos en los libros de huéspedes. Total una raya más al tigre no importa, pero sí le importa a la dama que lo acompaña. Ella ocultará la cara a quienes la miren de frente y su nombre jamás será anotado.

Los empleados —elegidos varones por el esfuerzo de las labores: subir y bajar escaleras— deben mostrar un trato atento, ser discretos, no preguntar mucho ni mantener la mirada por mucho tiempo; la «normalidad» en el trato se vuelve sustancial. Los rostros deben expresar esa normalidad e invitar a los «pasajeros» a ingresar.

Los clientes habituales van dos o tres veces por semana. Gastan unos sesenta soles por algunas horas de dejarse *aruñar*. Las edades no importan, siempre y cuando el varón cuente con los documentos de mayoría de edad; las mujeres pueden solo aparentarla.

El local se reserva el derecho de admisión, sobre todo los de estrellitas, y eso funciona para con los homosexuales, principalmente varones; las mujeres pasan piola «porque como son mujeres no pasa nada». Tampoco ingresan en grupos (más de dos), porque maltratan la habitación. Pero sí pueden pasar varones con prostitutas, chiquillas levantadas en la calle que vienen acompañadas por mujeres mayores que esperan tranquilas los cuarenta minutos reglamentarios en la recepción y cuando su amiga baja, se van juntas a buscar nuevos clientes. Pero jamás se permitirá que los varones hagan cola por alguna de las niñas en la habitación; es un hostel no un prostíbulo.

Las mujeres son también de diversas edades y ocupaciones: amas de casa, estudiantes, profesionales, artistas, policías... Algunas llevan a su hijo(a) y lo(a) dejan en recepción viendo televisión o alquilan el cuarto con televisor y lo(a) suben. Aunque son pocos en el año, estos casos existen.

Los escándalos se dan. Las esposas que no tienen un pelo de tontas siguen a sus maridos hasta los hostales y les piden que salgan. Muchos se esconden o huyen en el auto a toda velocidad, hasta que la esposa los encuentre. Ellos se encargarán de convencerlas de que nada de lo que vieron era real y regresarán a la siguiente semana o al mes como si nada hubiera pasado.

Vienen de todos lados, de cualquier distrito de Lima; para algunos, cuanto más lejos de sus casas mejor. Pero la mayor parte, el 80 por ciento, son vecinos(as) del distrito, amigos del colegio, del barrio, amigas de la parroquia, primas, tías, el panadero, el policía, conocidos cuyos secretos serán bien guardados.

Las mujeres reclaman más la limpieza en las habitaciones que los hombres. El gancho del servicio son las habitaciones con línea blanca: sábanas limpias, toallas sin percudir, papel higiénico y jabón nuevo; en promedio se tiene cuatro juegos de sábanas por habitación. Las sábanas de colores o floreadas generan desconfianza. De cada diez pasajeros ocho se bañan en la habitación antes de salir, dejando atrás cualquier seña que cree suspicacias en la otra vida.

El pago de la habitación por lo general lo hace el hombre, raras veces la mujer. Algunas de ellas se ven en la obligación de hacerlo cuando su pareja finge buscar en los bolsillos y dice: «¡ya pe', cholita!», y sacan el dinero de su monederito renegando. Las parejas jóvenes de estudiantes asumen en igualdad de condiciones los gastos de la pasión, juntando de una en una las monedas de sus propinas en el mostrador.

Las parejas diurnas no siempre son cuidadosas y mezclan sus fluidos: más de dos tercios de los pasajeros no usan preservativo. Algunos traen sus propias marcas y otros los compran en el hostel, claro que siempre pedirán una rebajita en

el precio o que solo les vendan «¡unito, solo unito!». En recepción siempre se encontrará a la venta preservativos, casi nunca óvulos o la píldora del día siguiente.

Las expresiones de las mujeres son las que más retumban en el hostel: las hay gritonas, escandalosas, bulliciosas, las que suspiran, las de «¡Ay, Dios!», «¡Dale, papi!». Los de recepción tocan la puerta y piden que bajen el volumen de sus pasiones. También los hay mandones, que hacen indicaciones en voz alta y confunden a las parejas en las posiciones que van a adoptar, o despiertan la curiosidad y cierto voyeurismo en quienes se encuentran al lado.

Los tiempos que demoran los «pasajeros» en la habitación son variados, desde 15 minutos —dejando a los de recepción con cara de sorpresa y es que el viagra no siempre funciona— a sus cuatro horas firmes en días de semana. Los fines de semana el tiempo y el relajo son mayores: pueden quedarse doce horas como manda el medio servicio de hotelería.

Los viernes y sábados son los días más movidos, y en un hostel de nueve habitaciones pueden ingresar más de treinta «pasajeros». Hay meses en los que la pasión baja a niveles ínfimos, como marzo por ejemplo, y ello guarda relación con los gastos de la familia en el colegio de los hijos. Los padres asumen una paternidad responsable. En los meses de verano, el sol, las playas, los bikinis, los torsos desnudos, la cervecita, ponen calentona a la gente y los cuartos se llenan incluso en los días menos concurridos: los domingos, en los que se alcanza un 300 por ciento adicional del uso de las habitaciones. El frío y la humedad de nuestra Lima apaciguan el deseo de las limeñas y los limeños, la llovizna encierra a las personas en sus casas con las *catedrales*, y el número puede bajar hasta el 20 por ciento de lo normal.

El día siguiente de pago en los trabajos, los 16 de cada mes, los usuarios están presentes retomando las actividades, fieles al castigo. El día de la madre los adultos dejan de asistir y en los hostales solo se ve a los estudiantes afanosos dándole duro a la cama. El día de los enamorados y de la secretaria se va desde temprano. La tarifa no se incrementa estos días, pero sí sube en Año Nuevo y más si vienen con serpentina amarilla y con ganas de abrazar al de recepción, que los recibe con cara de pocos amigos porque tendrá que recoger los globos y apagar los muñecos quemados en la calle que la gente encendió en la madrugada.

Siempre que ingresan nuevos «pasajeros» al hostel el personal está pendiente de sus preferencias y al tanto de sus cos-tumbres, por si estas incomodan. En los últimos años se ha incrementado el número de mujeres mayores que pagan las habitaciones y tienen como invitados a varones menores que ellas.

Con las *trampas*, las *capillitas*, tampoco se es fiel; es posible que los asiduos soliciten una habitación y dejen pasar a una invitada que no es la usual ni mucho menos la *firme*. Pero también están los amantes perseverantes que mantienen una relación de encuentros interdiarios por más de cinco años. Aunque la casa no

fía los asiduos consiguen esos beneficios, y cuando regresan, a los dos o tres días, cancelan dos al hilo.

Los pasajeros entran con su gaseosita, su cervecita, su pollito, su frutita, para calmar el hambre y la sed previas y posdesgaste de energía.

Si bien la limpieza de la habitación es algo que nos hace sentir cómodos, porque nos permite olvidar que antes estuvieron otros donde recostaremos nuestro cuerpo, a algunos el exceso de higiene les genera desconfianza, recelo, malestar. El plástico que forra las cosas que ingresan a nuestro cuerpo o que tienen contacto con este —los colchones, los vasos, los preservativos— nos remite a un espacio ascético que nos trae a la mente, nuevamente, las imágenes de otros en la misma habitación.

Los colchones para estas actividades no son de cualquier tipo sino los denominados hoteleros. Resistentes, duritos, preparados para la gran actividad. Se recomienda voltearlos cada tres meses para que duren más de diez años. Las tarimas deben ser de madera antes que de fierro, con refuerzo; así se evita el exceso de contaminación sonora, para ello basta y sobra con los «pasajeros».

Los encuentros nocturnos corresponden más bien a transacciones comerciales, los levantes en la calle, los servicios *delivery*, donde el encuentro entre los cuerpos es ocasional y se pretende vivir fantasías por cuarenta minutos reglamentarios.

Siempre existen fantasías insólitas. Un «pasajero» cuyo único afán es pasearse por los pasadizos en minifalda y con tacones o dejar la puerta de su habitación entreabierta para ser observado recostado en la cama. Por no ser del gusto de los clientes, en la siguiente ocasión no será bien recibido.

No todos los hostales se libran de que algún «pasajero» muera. Como el caso de aquella pareja de adultos de más de setenta años, fogosos ellos, dispuestos a robarle el último hálito a la vida, pero que la mujer no resistió el encuentro con el deseo. Hombres de rojo y amarillo ingresaron por los pasadizos y bajaron el cuerpo desde el cuarto piso, mientras el amante la despedía desde la acera del frente, escondido entre la gente.

O aquel joven que en su afán por evitar que su pareja se aparte para siempre termina ahorcándose con la sábana de florecitas amarillas del hotel, la misma que aún mantenía el olor de ella. Prefirió un final definitivo antes que el cuerpo marcado por el dolor que imprimen los recuerdos de amores no correspondidos. En este caso, la pareja no esperó junta la muerte.

Como a Tracey, me impresiona lo que los demás no ven o hacen como que no ven, las ganas de los cuerpos amantes por permitirse el gozo en los lugares que la ciudad nos ofrece, dándonos el marco espacial donde hallaremos al otro y a nosotros mismos. Una mirada acuciosa nos muestra que no hay lugar en la ciudad que no esté dispuesto a los rebusques del placer.

Tras este recorrido no queda más que prender el cigarro que se encuentra sobre el velador y calmadamente hacer los anillos de humo, observando cómo llegan al techo de la habitación, respirando lento, bien lento, calmando el agitado bum, bum, bum del corazón.

NOTAS

¹ Antropóloga. Responsable de la Línea Gestión Local del Programa Urbano de **desco**.

² «¡A que te aruño, papi!», estribillo de *Gata Fiera* del grupo de reggaetón Trébol Clan.

³ Anexo 1 al Título III del Reglamento Nacional de Construcciones. Decreto supremo 107-72-VI. Edificaciones de hospedaje.